

TEATROS Y CONCIERTOS

EN EL PRINCIPAL PALACE

«Doña Rosita, la soltera, o el lenguaje de las flores», tres actos, de Federico García Lorca

LAS ROSAS Y ROSITAS.—¿Conocéis el lenguaje de las flores? Pero, sobre todo: ¿conocéis la breve historia eternamente repetida de la *rosa maduro*? En el término de un solo día nace y muere, y cambia sus colores desde el rojo a la grana al blanco de muerte. El poeta, por boca de uno de sus personajes, floricultor apasionado, nos cuenta que:

Quando se abre en la mañana
roja como sangre está.
Abierta en el mediodía,
es dura como coral.
Quando en las ramas empiezan
los pájaros a cantar
...
se pone blanca, con blanco
de una mejilla de sal.
Y cuando toca la noche
blanco cuerno de metal
...
en la raya de lo oscuro
se comienza a deshojar...

Tal es la historia de las rosas; tal la de las mujeres. Tal la de Rosita, a quien el poeta nos muestra en su vibrante rojo mañanero, en su dureza coralina del mediodía, en su alba palidez del otoño que avanza... Rosita, que no fue nunca Rosa, porque pasó a ser vieja sin dejar de ser niña: su drama el de la solterona, que encierra siempre, claro, una —púdicamente oculta— historia de amor.

Ahora que Rosita es muy vieja —en este año de 1935 por los setenta andará ya—, cuando los nietos de sus amigas la miran como a un ser frío y pasivo a quien nunca sucedió nada, que nunca tuvo amor ni juventud, el poeta nos va a resucitar aquella su vieja historia de amor.

AMOR EN 1885.—Es una estampa gentil de toda una época. Una época todavía graciosa, con fisonomía propia, con un acento y un estilo. Rosita abre los ojos a la vida de la ilusión, en una casa rodeada de rosas, bajo el cuidado de su tío, el floricultor; de su tía, una dama netamente *isabelina*; de su ama, que la adora con todo el ímpetu y todo el garbo de su alma vibrante y popular. Rosita es un capullo prometedor, pintado del más encendido de los rojos, lo mismo que sus mujeres, las Manolas, fragante pincelada lírica que cruza la escena en una inconfundible ráfaga de gracia y juventud... Pero en la vida de Rosita hay algo más que familia amante y amiguitas bullangueras. Hay lo indispensable a todas las Rositas de todos los tiempos: un amor... que en la existencia clara de una Rosita no puede ser otra cosa que un novio. Un primo galán, con pantalón a cuadros y bigotín romántico. Un primo a quien sus padres llaman desde Tucumán, y que tiene que irse, y que, dejando a Rosita con lágrimas en los ojos, se despidió de ella en quintillas perfectas, sobre un fondo de acompañamiento de guajira...

Toda una época, algo fría, tal vez, todavía un poco preciosista y un mucho romántica, queda prendida en aire de guajiras al bajarse el telón.

FIN DE SIGLO.—En este acto segundo ha de estar —no es difícil predecirlo— la mayor resonancia del éxito de *Doña Rosita*... ¿Qué hay de grotesco y de patético en esa fecha del 1900? Es un año que, de sí mismo, no sabe si cierra un siglo o abre otro, que lleva un penoso lastre de achaques de vejez y se obstina en ser

nuevo, modelando sus formas en un superficial y espantoso *soidisant* «modernismo»... La casa de Rosita, en los quince años transcurridos desde que bajó el telón sobre el primer acto, ha renacido culto a esas nuevas modas, amueblándose según el nuevo gusto... Se han perdido las últimas colonias, han echado a correr los primeros automóviles; el Progreso (con mayúscula) marcha a veinte kilómetros por hora y la Ciencia mete su ácida cucharada hasta en los más inofensivos objetos del hogar... Los señores, dentro de la fúnebre gravedad de la levita, hablan de cosas trascendentales, y las damas se visten con unos trajes y se cubren con unos sombreros (¡oh, qué sombreros!) muy ridículos.

También Rosita se viste a la moda del noventa. Su corazón, en cambio, no se ha movido de donde estaba hace quince años. Sigue esperando al primo ausente, que escribe, eso sí, de cuando en cuando, pero no regresa. En el ambiente provinciano ha llegado a ser legendario el caso de los amores de Rosita... Otras jovencitas vienen ahora a gozar y a sufrir amor y celos... Ella, no obstante, cumplida ya la treintena, no siente el vacío de su vida. Por su alma no pasa el tiempo... Encajitos, puntillitas, bordados del ajuar, la han entretenido un día y otro día... El recuerdo físico del ausente empieza a borrarle: ¿es verdad que tenía sobre el labio una cicatriz? En cambio, hora a hora se aferra más y más al fervor de su ilusión...

Este acto es de un grotesco escalofriante. Esa visita de las *curtilonas* que canjean el huevo de la cena por la silla del paseo donde aguardar, cargadas de galas ridículas, la llegada —cada día más problemática— de un novio que pueda ser marido, mueve los labios a risa y el corazón a pena. Es, a mi entender, en su aparente sencillez, uno de los máximos aciertos de la obra. Está muy bien, bajo la tragedia de Rosita, este fondo de coro trágico. La gente ríe, ríe a mí me estrema esa risa, frente a los mascarones de las *curtilas*. De ese grotesco patetismo del noventa, ¿no son ellas la más fiel encarnación...?

Todo en este acto es admirable. Forma, fondo, evocación de ambiente, juego de sentimientos. La visita, los recitados al piano, lo cómico y lo triste... Y ese vals Boston. Y ese casamiento por poderes que se anuncia desde Tucumán. El autor, en su evocación, vela de ironía su ternura, pero no es nunca malo con sus criaturas: se apiada de ellas en todo instante; sonríe, indulgente, ante sus debilidades, y hay, en su sonrisa, hondo dolor...

«DOÑA ROSITA.—Diez años más. 1911. Otoño desolado. Rosita se viste todavía de color de rosa, y sigue las modas cambiantes, que ahora son las del *entravé*... Para quienes la quieren (el ama, la tía, ya muy viejas) todavía es la niña, pero ella sabe muy bien que la juventud se le fué... El primo no volvió nunca; se casó con otra en las Américas, y aun siguió escribiéndole a ella algunos años, prolongando el engaño, por temor a la decisión de la ruptura... Pero, ¿de verdad engañaba a Rosita? ¿Creía ella aún en su amor, en su regreso? ¿No se aferraba, mejor, año tras año a la continuidad de la ilusión, al propio fervor, a la propia constancia? (Para mí esta Rosita —donde esté ahora, ya en la raya de los setenta años— no es una fracasada, pues que llenó su vida de la propia lealtad...) Pero ya los hijos de las amigas le

llaman *doña Rosita*, y las chicas jóvenes la dejan de lado en las conversaciones, y su rostro se tinte de la marchita palidez autumnal. La casa se deshace en la ruina; fuera sopla el viento que la ha de deshojar.

Epilogo sentimental, humano, se me antoja —contra lo que el público creerá, sin duda— este último acto, el mejor de la obra; el que más a prueba pone su temperamento de autor dramático; el que en el espíritu deja una más fuerte y duradera impresión.

De manera rotunda, se aparta el poeta García Lorca en esta obra del rumbo seguido en su anterior labor escénica. Ni la trágica rudeza de *Bodas de sangre* ni la hondura humana y entrañable de *Yerma* hay que ir a ver en *Doña Rosita*, toda matiz, toda delicadeza, toda suavidad de esos rosas y azules tan característicos de la época que vinta... En cambio, con esta obra afirma, de modo seguro, su vocación y su camino de autor teatral. Pues que en *Bodas de sangre*, pues que en *Yerma* triunfaba, sobre todo, el poeta, y —acaso— en las páginas del libro nos hubieran causado estos poemas idéntica impresión. No así *Doña Rosita*, que tiene su exacto y único marco en el teatro, sobre las tablas, y en su sentido horizontal —ya que no vertical— ensancha ilimitadamente las posibilidades de este poeta-actor. Obra de fina calidad literaria, su esencia —reitero— es teatral, pudiendo ponerse junto a las mejores producciones del teatro europeo actual.

Su intérprete —única, sin duda, para serlo— contribuyó a que el público no perdiera ni la más leve de esas finas esencias. Margarita Xirgu vivió las tres fases de esta *Doña Rosita* con inteligencia y sensibilidad exquisitas. Del rojo capullo del primer acto a la mustia rosa del tercero, vivió y nos hizo vivir toda una existencia de pasión contenida, de renunciamento, de melancolía... Cuando en el último acto sale al fin a la calle, ya cerrado el crepúsculo, estamos seguros —tan leve, tan frágil, tan marchita nos parece— de que el viento la va a deshojar.

Obra de difícil montaje —tres épocas; tres ambientes; tres almas—, la dirección de Rivas Cherif logró milagros de expresión plástica, de conjunto escénico. Sería injusto no nombrar —después de esos intérpretes ajustadísimos, entusiastas, que son Amalia Sánchez Ariño, Eloisa Vigo, Amelia de la Torre, Pedro López Lagar, Alejandro Maximino y Emilia Milán— a esos otros colaboradores más modestos, que son Manuel Fontanals, en los decorados; Marvel, en los trajes —¡tan deliciosamente expresivos!—; en los muebles y objetos —¡oh esos objetos novecentistas!—; Verdaguer. El público arrojó con raro y justo entusiasmo a *Doña Rosita*, ovacionando a intérpretes y autor.

MARIA LUZ MORALES

NOTAS SUPPLICADAS

LA ASOCIACION OBRERA DE CONCIERTOS

Es muy interesante el programa que interpretará la «Orquesta Filarmónica de Barcelona», bajo la dirección de su maestro fundador, José Fontbernat, en el concierto de presentación a los afiliados a la Asociación Obrera de Conciertos, que tendrá efecto mañana, a las once de la mañana, en el «Palau de la Música Catalana».

Dos de las más sugestivas sinfonías, en sus respectivos estilos—Primera y Séptima—del inmortar Beethoven, ocupan la primera y tercera parte del concierto, que será completado, en su parte central, por la bella «Serenata para instrumentos de cuerdas», de Mozart.

Teniendo en cuenta la extensión del programa, se empezará rigurosamente a la hora anunciada.

* PLATA MENESES

Servicios para hoteles, fondas, restaurantes, salones de té, etc. FERNANDO, 19.

Noticias militares

VISITA A UN CUARTEL

El general jefe de la División estuvo ayer, por la mañana, en el cuartel del Bruch, con objeto de inspeccionar el regimiento de Infantería número 10, allí alojado.

Recibieron al señor Sánchez de Ocaña el general San Pedro, el coronel señor Espallargas y demás jefes del citado regimiento.

Entre otros, visitaron ayer al general jefe de la División el coronel señor Cebrían, el comandante señor Sabaté, ayudante del general Villegas; el teniente de navío don Luis Verdugo, ayudante del Departamento marítimo, y el marqués de Marianao.

—Ha sido autorizado para efectuar prácticas de su empleo en el séptimo regimiento de Artillería Ligera, el alférez de Complemento don Sebastián Turull.

—Ha sido destinado a la Caja de Recluta número 26 el comandante de Infantería don Guillermo Cavestany Sánchez Silva.

—Para mayor facilidad en el despacho y asignación del destino en situación de disponibilidad de los individuos comprendidos en la O. C. de 8 de octubre, los jefes de los Cuerpos que tienen afectas las secciones de destinos de la División y de las diferentes brigadas, incluirán en sus relaciones a los individuos a ellas pertenecientes.

—Todos los Cuerpos, Centros y Dependencias de esta División y fuerzas afectas a la misma, como también Guardia civil, Carabineros, Seguridad y Mozos de Escuadra, manifestarán en un plazo de ocho días si pertenece o no a los mismos el fusil número 2 K-2.151.

—Los jefes de Cuerpo, dependencias y unidades de esta División y afectas, remitirán al Negociado segundo de E. M., antes del día 23 del actual, relación nominal de los sargentos de los suyos respectivos, con expresión de la antigüedad, que han de sufrir examen de aptitud para su ascenso a brigada, por comprenderles la L. C. de 27 de noviembre último.

—A la sesión que la Junta de clasificación y revisión de la Caja Recluta número 25 celebrará hoy, a las nueve, asistirán, como talladores, dos sargentos del séptimo regimiento de Artillería Ligera.

—Ha fallecido en esta plaza el teniente coronel de Infantería, retirado, don Eduardo Daganzo Aristizábal.

SERVICIO DE LA PLAZA PARA HOY

Jefe de día: Comandante don José Brinquis Moure, del regimiento de Infantería Alcántara número 34.

Imaginería: Comandante don Manuel López Caparrós, del séptimo regimiento de Artillería Ligera.

Parada: Alcántara número 34, Comandancia Militar.—Badajoz número 10, Parque.—Séptimo Ligerero, P. S. Andrés.—Sanidad, Hospital.

Imaginería: Alcántara número 34, Comandancia Militar.—Badajoz número 10, Parque.—Séptimo Ligerero, P. S. Andrés.—Sanidad, Hospital. La guardia del Principal: En el regimiento de Infantería Alcántara número 34.

Visita de Hospital: Noveno capitán del regimiento de Infantería Badajoz número 10.

Ordenanzas: Montesa número 10.

Barberos: Séptimo Ligerero.

Ciclistas: Badajoz número 10.

Oficial médico: Don Luis de Ortega Ceballos, del regimiento de Infantería Badajoz número 10.

Juez de plaza de guardia: Capitán don Enrique Aguado Cabezas.

Oficial de servicio en Dependencias Militares: Capitán don Juan Escudero Roberes.

Oficial de imaginaria en Dependencias Militares: Capitán don Ildelfonso Herrero Ríos.

FOLLETON DE «LA VANGUARDIA»

Núm. 6

UN ROBINSÓN DEL ANTARTICO

SIETE MESES ENTRE LOS HIELOS

Diario íntimo del almirante Byrd, comentado por Charles J. V. Murphy

Copyright Opera Mundi. Prohibida la reproducción total o parcial.

el mundo civilizado esas horas marcan los momentos más felices del día, momentos pasados en la atmósfera tranquilizadora del hogar familiar, proporcionándonos el descanso y el olvido.

El plan inicial de Byrd preveía un puesto avanzado de tres personas: un meteorólogo, un radiotelegrafista y él. Pero ante las dificultades invencibles, especialmente la avería de un tractor, Byrd había tenido que renunciar al aprovisionamiento de viveres para tres hombres en un puesto tan apartado.

—Puesto que he de elegir entre dos hombres o uno solo — me dijo Byrd — vale más que vaya yo solo.

—¿Por qué? — le pregunté.

—Porque dos hombres aislados no darían buen resultado. Tres podrían vivir como seres humanos. Pero dos... no; decididamente, es demasiado aventurado.

—No estoy seguro de comprenderle bien.

—Reflexione usted; enviar dos hombres a ese retiro sería ir a buscar un drama. Los que conozcan la histo-

ria de las regiones polares me darán la razón. Un tercer hombre en una choza es siempre una fuerza neutralizadora, un tribunal de apelación, un árbitro desinteresado. Dos hombres, entregados a ellos mismos, se convierten al cabo de algún tiempo en feroces enemigos, capaces de estrangularse.

—¿Así se ha decidido usted a ir solo?

—Sí, he tomado esta decisión.

19 de mayo.

Hoy siento un gran malestar. Tengo un dolor de cabeza sordo y persistente y me hace daño un costado. Temo haber atrapado una congestión pulmonar, trabajando al aire libre. Puede ser también una intoxicación producida por las emanaciones de la estufa. Me veo obligado a pasar una gran parte del día al lado de la estufa, para mejorar la combustión.

20 de mayo.

Acabo de terminar la observación auroral de las diez. La temperatura era de 72.5 grados bajo cero. La única modificación que he introducido en mi manera de vestir ha sido el cambio de mis galochas de tela por botas de piel. Llevaba, como siempre, ropa interior de lana; dos pares de calcetines de lana, una camisa y un pantalón igualmente de lana y, para salir al aire libre, me había puesto el pantalón y la capa impermeables. Mi mascarilla (una especie de tela metálica recubierta de un tejido resistente al viento) es muy práctica para los días fríos. Al entrar en mi choza, de regreso del paseo diario, he encontrado en la abertura de la mascarilla, correspondiente a mi boca, un gran pedazo de hielo.

A partir de esta fecha se encuentra en el diario de Byrd la relación de todas esas circunstancias que debían terminar por vencer la resistencia admirable del explorador.

Antes de abandonar la «Little America», Byrd me había dicho:

—Le recomiendo, una vez más que no intente en ningún caso, venir a mi puesto durante la duración de la noche polar.

—¿Y si perdemos el contacto por la T. S. H? — le pregunté.

—Es de prever que así suceda. Soy un mal operador.

Por lo tanto una interrupción en nuestra comunicación radiotelefónica no puede justificar una acción de salvamento.

—Es una orden muy severa — observé.

—Pero razonable. Toda iniciativa para socorrerme durante la noche austral podría costar la vida a más de uno de los nuestros. No puedo tolerar que se arriesguen algunas vidas humanas para salvar una sola.

Y, en efecto, en sus comunicaciones radiofónicas, Byrd no hizo jamás la menor alusión a sus dudas y dificultades. Cuando le interrogaba sobre su estado de salud, me contestaba invariablemente: «La cosa marcha». Sin embargo, diez días más tarde, se hallaba vencido por la enfermedad, y estaba medio asfixiado por el óxido de carbono.

21 de mayo.

Hoy me siento un poco mejor, a pesar de que persisten los dolores. Me parece que he adelgazado. He tenido que abrocharme el cinturón en otro oje, es la tercera vez que hago eso en menos de tres meses. Cuando he encendido el fuego me he preparado té muy caliente, y he inundado literalmente mi estómago. Necesito un tiempo extraordinario para calentarme. Decididamente, ¡me vuelvo hipocondríaco!

Cuando hace mucho frío, el vaho helado en el tubo de aireamiento y el mismo tubo de la estufa acaban por obstruirse. Esta tarde he tenido que desmontar el tubo de la estufa y romper, con mi martillo, el hielo que lo obstruía.

23 de mayo.

Esta noche el viento ha soplado rabiosamente. Silbaba en los tubos y sacudía los ventiladores con tal fuerza que no he podido dormir. Tenía la impresión de que el viento iba a desenterrar y llevarse la choza. Únicamente los que conocen el «brizardo» de la noche austral pueden comprenderme. Es mucho peor que la tempestad en el mar. Las explosiones del aire se suceden sin cesar, sacudiendo la atmósfera y haciendo saltar torrentes de nieve. Ese violento remolino sofoca y corta la respiración. Se encarna contra uno como un enemigo personal, oscurece la razón y da la impresión de que las fuerzas maléficas del Universo se han coaligado contra uno.